

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Un manuscrito inédito de Juan Leandro Jiménez (1811-1851) II y último.....	<i>Antonio Manzano Garías.</i>
Tela de araña.....	<i>Manuel González Hoyos.</i>
Sin ninguna importancia.....	<i>Mariano E. Cardenal.</i>
La recia Extremadura que captó Luis Chamizo.	<i>Fernando Pérez Marques.</i>
Los pesebres de la vida	<i>Manuel Pacheco.</i>
La señorita Adela (Cuento).....	<i>José Augusto Oliver Marcos.</i>
Lira íntima	<i>Félix Valverde Grimaldi.</i>
El libro de José Luis Cotallo: Una faceta interesante del extremeñismo	<i>Santiago Gaspar Gil, «Extremeño-filo».</i>
Ideario extremeño.....	<i>Juan Pablo Forner.</i>
Carnaval y Tarde provinciana	<i>Salvador García.</i>
El superrealismo, enfermedad del arte.....	<i>Carlos Callejo.</i>
Mis mayores respetos	<i>Rafael González Castell.</i>
Mirador: Crónica	<i>Curio O'Xillo.</i>
Al margen de los libros.....	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera	<i>José de la Peña.</i>
Noticia de Revistas	<i>C. R.</i>
Láminas.....	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos de Arribas, Herreros y Garrorena.</i>



ALCANTARA



AÑO VI

31 JULIO 1950

NÚM. 33

Un manuscrito inédito de Juan Leandro Jiménez

(1811-1851)

II y último

BUEN GUSTO, ORIGINALIDAD Y PLAGIO

“**M**I vasta instrucción, mis conocimientos profundos de la rima y lenguaje poético serán suficientes sin el buen gusto... Sin aquel tacto delicado... Aquella fina penetración, aquél en suma exquisito criterio para distinguir dónde están las bellezas y dónde los defectos. Es pues por consiguiente una facultad que concede la naturaleza y que se acrecienta con la fiel observación y se pule con la constante lectura de los mejores modelos... Por lo que hace el asunto de una composición es preciso que sea uno solo, que haya un objeto que nunca se pierda de vista y sea como el núcleo de todos los pensamientos...»

Insistiendo sobre la unidad de asuntos, añade: «Este es para mí el único defecto capital del romanticismo.. La famosa introducción al Diablo Mundo de nuestro tiernísimo Espronceda, es un intrincado laberinto y en lo demás de este poema hay muy mucho de embrollo».

«Es preciso que el asunto sea original... A falta de originalidad quita el mérito a las más brillantes composiciones... este es vicio general... Ud. adolece también mucho de imitadora y lo más malo de todo es que de ordinario toma por tipo miserables composiciones. Pues nada de imitación, señora; a Ud. le sobra genio para crearse los asuntos...»

«El plagio es infinitamente peor que la imitación y el vicio más infame que puede haber en literatura: en ella un plagario es lo mismo que un ladrón en la sociedad.»

Después de establecer tres gradaciones de plagio—copiar los pensamientos y aun las palabras; los pensamientos embozados en diversas palabras—, prosigue: «de todos estos plagios nos suministra abundancia de ejemplos nuestro pobre Parnaso del siglo XIX y casi todas esas personas que figuran en la República Literaria, no son

otra cosa que miserables plagiarios. Espronceda mismo, que vale más que todos juntos, no está exento de este vicio infame, hasta en aquellas composiciones que han sido elogiadas por hombres que han pasado por muy eruditos y muy críticos, como el seudo crítico D. Alberto Lista y Aragón (que Dios halla su alma en la mansión de los necios)... Nuestro Parnaso antiguo también es fecundo en plagios... El mismo seudo crítico Lista, encarama sobre el cuerno de la luna a Lope de Vega por aquel feliz pensamiento que aludiendo al Todopoderoso dice: «El que muro dió al mar de leve arena», y sobre él sopla un largo discurso, disputándole a Racine el pensamiento que algunos seudo críticos franceses le atribuían y concluyendo que es de nuestro Lope... El pensamiento sin embargo... es del tierno profeta Jeremías, que en el capítulo 5.º, versículo 22, dice: «Qui posuit arenam terminum mari...» Supongo que Ud. no sabe latín y por ésto se lo traduciré a la letra: «Que puse la arena por término de la mar...» El seudo teólogo Lista debió saber su obligación antes de revolver la pluma y haber estudiado no sólo La Biblia sino literatura y hubiera entonces leído... a Fray Luis de Granada que... en varios pasajes de sus obras trae casi a la letra el versículo de Jeremías por ejemplo en la «Introducción del símbolo, tratado 1.º, capítulo 4.º, dice haber puesto Dios por muro y defensión de este elemento tan furioso—el mar—un poco de arena movediza».

Viene ahora otro ataque contra los corresponsales de la poetisa: «Desgraciadamente hay infinitos plagiarios que llevan la infamia consigo mismo. Hoy es sin disputa cuando más abundan y hoy es no obstante necesario un ojo el más avizor para descubrir los plagios entre tanta caterva de papeles como se escriborrotean y emborronan... Por ésto, señora, ojo alerta: huyamos del plagio si queremos conquistar un nombre eterno».

Se revela en lo que sigue con una conciencia clara de su propia valía y aunque desconcierta de pronto por la ingenuidad del autobombo hay que reconocer que es cierta su afirmación: «Cuatro versos originales valen más que todos los plagios del mundo, y yo, mi soneto de los gallos, no le trocaría por muchos dramas, tragedias y poemas que, siendo miserables plagios del día, pasan por obras maestras».

Unas atinadas observaciones sobre las fuentes de inspiración: «la naturaleza es riquísima de asuntos y siempre que la consultemos nos los dará a manos llenas: nuestras mismas pasiones nos los suministrarán en abundancia y si nos engolfamos en la inmensidad de la Historia, los encontraremos a cada paso... La religión es, acaso, el más inagotable tesoro de asuntos poéticos, ella sola pudo elevar el real cantor de Sión hasta el trono del Eterno».

Paso por alto detalles de técnica que avaloran su profunda cultura y gusto literario y que no han perdido actualidad, a pesar del tiempo transcurrido. Tales son, entre otros, los siguientes: «Mucho más ha de huirse de incluir en el período palabras superfluas que no hacen otra cosa que llenar los vacíos de los miserables versos: ésto se llama ripio, si bien el sentido de esta voz comprende hasta los

pensamientos siempre que no conduzcan de un modo directo al fin de la composición... Todo epíteto que no añade alguna circunstancia al sustantivo a quien califica, viene a ser también un ripio...»

Condena igualmente la variación inmotivada del metro: la transición de un metro a otro distinto es con frecuencia desagradable al oído... y rompe, en cierto modo la armonía poética... El romanticismo fué lo que impidió—a Espronceda—seguir en algunas composiciones esta norma porque entonces estaba en boga el dar en tierra con todas las leyes del buen gusto... Ud., señora, también parece en esta parte muy afecta al romanticismo... Después de ya muerta su señoría romántica, tiene Ud. composiciones que adolecen del mismo y aun mayor mal que esas de Espronceda».

Termina la parte doctrinal con esta paráfrasis del consejo de Horacio: «Sea romance, oda u otro cualquier poema, jamás le daremos a la prensa. Nuestra fantasía está entonces hirviendo aunque la composición sea un mamarracho nos parece primorosa: no estamos, pues, al concluir la disposición de conocerle sus defectos. Debemos, por tanto, dejarla dormir muchos días y cuando ya le hayamos perdido el cariño que le teníamos al crearla, entonces es cuando hemos de volver sobre ella y le notaremos mil defectos que sobre la marcha le corregiremos. Si a pesar de esto no queda a nuestra satisfacción la entregaremos a las llamas y otra al puesto».

NOTAS INTIMAS DEL MANUSCRITO

Las cuatro últimas páginas contienen notas íntimas que iluminan mucho la fisonomía del autor y acentúan la exaltación de su carácter, en el fondo sincero y bueno.

Anotaré las líneas más significativas.

«He tratado de consignar mis creencias y principios sobre el divino arte de la poesía, todo con el fin noble de dar dirección al vuelo de la Fénix española del siglo XIX. Si otra cosa me quedare que me falte el aliento vital antes de acabar esta línea. Mi pluma, tan ingenua y candorosa como mi corazón, se ha deslizado en ella por la senda de la verdad, y donde ha tropezado con defectos allí ha creído de su deber atacarlos con valor, sólo con el objeto de que Ud. no vuelva a cometerlos en lo sucesivo. Si esto pudiera alguna vez herir el amor propio de Ud., acreedor soy a su perdón en pago de mi buena fe.»

Se hace eco, en el párrafo que sigue, de frases epistolares de la García Miranda, influídas, con toda seguridad por los enemigos de Jiménez. Acaso me habré excedido en este punto (el de poner en ridículo a los poetas del corro lírico de la García Miranda), pero el amor propio lastimado necesita desahogarse, y al que habemos ofendido justo es que le permitamos que nos diga su sentir. Algunas expresiones que son no muy oportunas en sus últimas cartas de Ud. ha sido el móvil de semejante conducta y pues una de ellas es que «su amistad y simpatía sólo las retirará teniendo para ello justo motivo», yo suplico a Ud., señora, que no vuelva jamás en lo suce-

sivo a dejar correr la pluma por semejantes expresiones, si no quiere que mi cariño y entusiasmo por Ud. se torne en el mayor odio y desprecio».

«Por lo demás, señora, esta disertación no es otra cosa que lo que yo tenía a Ud. ofrecido desde el 13 de Julio: Un catálogo en que le pongo de manifiesto todos los principales vicios de que puede adolecer la poesía, ilustrado con abundancia de ejemplos, tomados de las mejores composiciones de los primeros poetas de España.»

Admira, cómo pudo escribir un tratado tan completo y tan rico en citas literales de composiciones de todas las épocas, con la premura que lo hizo y en el breve tiempo que empleó, sin tener a mano libro de consulta, pues revelan sinceridad completa las líneas en que esto explica: «Materia tan vasta, como el arte divino de las musas es imposible tratarla a satisfacción en apenas doce días que he tardado en este escrito, sin tener a la vista ni autores, ni apuntes, ni ningunos trabajos preparatorios, ni nada absolutamente más que mi pobre memoria. Unese a esto que ni el amanuense mi primo Agapito Flores, puede venir a mi casa, ni yo ir a la suya, por indisposiciones de nuestra familia en que nosotros no somos parte; de suerte que lo que diariamente ha salido de mi pluma héselo remitido por la noche, para que lo fuera poniendo en limpio, y después de tenerlo ya en su casa no lo han visto mis ojos hasta la total conclusión. Por consiguiente la disertación toda la he tenido que llevar en la memoria... y si algún defecto se cometió al escribirla después no ha sido posible enmendarlo. Así que no será extraño que lleve algunas repeticiones y aún tal vez este o aquel ejemplo inadecuado. Todos estos defectos sin embargo, me hubiera sido muy fácil corregirlos, siempre que... hubiera sacado en limpio un nuevo ejemplar: pero esto tampoco me ha sido posible pues dicho mi primo no ha dejado de aguijarme desde la primera línea con que tiene que marchar a Cáceres a continuar su carrera: de manera que... ha sido imposible volver un momento atrás la vista ni menos pararse al fin para pasar la lima».

Termina con este párrafo de madrigal, atildado y enfático: «Pero tal como ella sea esta mi disertación debe Ud. considerarla como un destello de mi cariño y servicialidad para con mi siempre máscara amiga, y si ella basta a pulir aquel riquísimo diamante (en que me figuré a Ud. la noche que tuve el gusto de conocerla) y hacer que brille grandioso, no ya en la sortija más preciosa de la más bella dama, sino hasta en la misma diadema del primer Soberano del mundo, entonces quedará suficientemente compensado su más sincero y leal amigo, q. b. s. m. De Cabeza del Buey a 25 de septiembre de 1849.—Juan Leandro Jiménez y Jiménez». (Firma y rúbricas autógrafas).

FISONOMIA INTERNA

Ya queda dicho antes: el manuscrito deja adivinar la fisonomía literaria del autor; se ve a través de sus líneas en lo que éstas tienen de episódicas o íntimas, una inteligencia prócer y al mismo tiempo

un temperamento vibrante de pasión: con cierta «pose» de genio desconocido, pero siempre sincero, crudamente sincero, y vetado de bondad. La mejor prueba, el manuscrito mismo.

A pesar de dirigirlo a la poetisa de Campanario, con un premeditado anhelo de relación amorosa, jamás sacrifica a ese anhelo su independencia y su honradez crítica, que a veces, de tan rotunda, se hace hiriente: señala los defectos tajantemente, sin acudir al eufemismo, que dado su dominio del idioma le hubiera sido fácil; su crítica, en todas las páginas, vista hoy a distancia, resulta casi siempre justa, no obstante la hostilidad, la irritabilidad, mejor dicho, que adquieren sus palabras cuando alude a los que llama, con frecuencia, corresponsales literarios de la García Miranda o profesionales de la república de las letras. Los aludidos, preciso es decirlo, valían bastante menos que él, literariamente hablando.

CONTRAFIGURA DE JUAN LEANDRO: CALIXTO CAMPO-REDONDO

Con frecuencia hay que leer entre líneas, en esas alusiones despechadas, el nombre de Calixto Campo-redondo, director, entonces, del «Despertador Montañés», de Santander, paladín, un poco travieso, del corro lírico de poetisas jóvenes, que comenzaban a despuntar en las distintas provincias españolas, confidente, bonachón, de ellas, con las que mantenía copiosa correspondencia, que a ratos, como se puede apreciar en las cartas que dirige a la García Miranda, se salía del motivo literario para tomar la curva del «flirt», que diríamos hoy, aunque siempre le asiste el tino preciso para frenar en el instante mismo que un matiz más pudiera traspasar la raya del buen gusto y del decoro. Buen poeta, de bella dicción, de un estilo epistolar sugerente y cautivador, rebosa simpatía y buen humor, con un humor nada ácido, todo corazón. Por eso mismo es siempre un crítico benévolo, tratándose de las poetisas un crítico galante, es decir lo más opuesto a Jiménez, la verdadera contrafigura de éste.

Se explica así que las poetisas en general, la García Miranda en particular, tuvieran una marcada simpatía por Campo-redondo. La poetisa de Campanario le hacía confidente de las cartas de Jiménez y lo que es peor, de las que Campo-redondo saca partido para la ironía y el rasgo cómico, al que tanto se prestaba el empaque de Jiménez, no exento de cierto egocentrismo o petulancia.

Esto supuesto, podemos reconstruir el desenlace del conato sentimental que el manuscrito registra, a la luz que arrojan sobre el mismo las cartas de Campo-redondo.

«Yo tengo ofrecido—escribe Jiménez a la García Miranda—el pulsar mi lira en su obsequio y lo haré tan luego como pueda, pues yo todo cuanto ofrezco cumplo». Decía esto a fines de Septiembre y por carta de Campo-redondo a la García Miranda, de Enero del año siguiente, sabemos que Jiménez tenía cumplida su promesa a los meses después de hecha, dedicándole una oda que la poetisa envió al «Despertador Montañés», donde fué publicada.

El conato de idilio estaba roto en Enero del año inmediato, pues con fecha 28 de dicho mes, escribe Campo-redondo a la García Miranda: «Me carga sobre todo la presunción con que el filólogo Jiménez habla de una composición como esta de Ud. (Se refiere a la poesía «Pensamientos y recuerdos»). Sólo su envidiosa y desesperada musa pudo sugerirle semejante censura, yo le desafiaria a que presentase otra igual de su cosecha. ¿Pero cómo ha de presentarla quien da muestra de desconocer los tiernos sentimientos del corazón femenino...? Tan mal concepto tengo formado, Vicenta, del talento poético y galantería de este Zoilo, que al día siguiente de recibir la carta de Ud. le hice borrar del número de colaboradores de mi «Despertador».

Meses después, en Abril, le dice en otra carta: «Por la adjunta carta que devuelvo a Ud., (luego la García Miranda enviaba a Campo-redondo las cartas de Jiménez) me he confirmado una vez más en la idea que del menguado Jiménez tenía formada. Es un fatuo, un pedante y un tonto forrado de lo mismo. Me ha hecho muchísima gracia el que se le muestre a Ud. agradecido y después de tan horrendas calabazas. En verdad que debe Ud. ser muy salada cuando veo al primer genio de nuestro siglo, contento y satisfecho a pesar de la profunda herida causada a su amor propio».

EL FATAL REGRESO

Se engañaba Campo-redondo en las líneas acres e injustas que acabo de transcribir. Juan Leandro, acaso para desventura suya, o quizá de ambos, no se acordaba en esas fechas de la poetisa de Campanario, aunque acaso el desvío de ésta influyó, juntamente con el requerimiento de los amigos de la corte, en el regreso del poeta a Madrid, que muy pronto había de resultar trágico.

Al encontrarse de nuevo ante la mujer amada, radiante de juventud y de belleza física, aunque desprovista de belleza moral, Juan Leandro cayó de nuevo en la vorágine de su pasión desbordada, todo lo demás borróse de su memoria y de su corazón.

Incluyo aquí un fragmento de la poesía que publicó por aquellos días en «La ilusión» de Madrid, en la que hace la descripción poética de la amante...

«... en tus lindos ojos
el más ardiente fuego del sol brilla,
y el matiz y despojos
de la purpúrea aurora en tus mejillas,
y el oro fino ellos
en tus luengos y nítidos cabellos.

Sobre tu faz hermosa
el alba esparce su esplendor divino,

y Venus candorosa
a su luciente rueda abre camino.

Por entre el sombreado
que forma de tus cejas el felpado.

En tu frente nevada
vibra el día sus rayos refulgentes
y el aura regalada,
ha transformado en tus menudos dientes
las perlas que la aurora
en las aljofaradas flores llora.

Y tu boca risueña
de los prados aspira el dulce aroma,
o más bien lo desdena,
porque el blando Favonio de ella toma
las esencias mejores
que embalsaman el seno de las flores.

Las risas juguetean
entre las rosas de tu rostro bello,
y las gracias rodean
tu alabastrino y torneado cuello.

Quede aquí también, como demostración de que se engañaba Campo-redondo, de que Juan Leandro ni se acordaba del episodio de Campanario, este otro fragmento de su última poesía, por lo menos de la última que publicó, con el título «Mi pasión por mi amada», y en la que no se sabe qué admirar más, si lo irreprochable de la dicción, si la rica variación de tono, o lo sonoro y rotundo de la versificación, en medio del desespero y negra amargura que rezuman todas las estrofas:

«En torno de mis sienes abrasadas
vuelan, circulan, rugen,
torbellino de ideas encontradas;
y con ímpetu crujen
entre letales curvas y soslayos
de las pasiones los bramantes rayos

.....
Una hurí, de ojos negros más divina
que las huríes del moro

se imagina en sus brillantes sueños
allá en el edén de oro,
en el pabellón de perlas y rubíes,
alfombrado de rosas y alelíes.

Yo la amo, la adoro y sus favores
y sus tiernas caricias
gozaba en lecho de amorosas flores;
mas un rival, ¡oh furia del infierno!
es de mis dichas el verdugo eterno.

.....

Tal es pues el volcán, tal el abismo
de afecciones espurias
con que tornan en negro paroxismo
las infernales furias
aquel lascivo laço de delicias
que me anegara en olas de caricias.

.....

LA CATÁSTROFE

Quince días después de publicada esta poesía, escribe Juan Leandro a su primo y bondadoso amanuense, Agapito Flóres Jiménez, que a la sazón estudiaba notariado en Cáceres: «Estoy ya en Madrid, no se aleja de mi mente M..., la amo con delirio y la detesto con frenesí. ¿Qué término tendrán estas afecciones tan encontradas? Presumo una catástrofe».

La catástrofe presentida sobrevino rápida, fatal, horrible.

En la primavera fragante, cuando la dulzura de la vida pone alfombra de flores en los prados, corona de flores en las frondas, canción de amores en los corazones, el 23 de Mayo de 1851, en las intermediaciones de Sigüenza, donde llegaron a punto de amanecer, caía «Ella», mortalmente herida con arma de fuego, disparada por mano del amante, quien volviendo, en seguida el arma contra sí, caía también exánime.

Tal fué el sangriento desenlace del drama que devoró la vida al desgraciado autor de «Un duelo a muerte».

ANTONIO MANZANO GARIAS



TELA DE ARAÑA

Una tela de araña entretejía,
dentro de mí, cada ilusión burlada:
una red fantasmal, agazapada
por ver qué sol en su cendal caía.

En su centro velaba, noche y día,
mi altiva voluntad atormentada;
mas sólo pudo ver en la alborada
su necia vanidad mi fantasía.

Inútil fué mi descordado acecho,
porque en mi pobre corazón vacío
siempre encontró cada ilusión un lecho.

Y en vano lloré lágrimas de hastío,
porque la tela que tejí en mi pecho
se me llenó de perlas de rocío...

MANUEL GONZALEZ HOYOS